

EL VIAJE DE NIXON AL EXTREMO ORIENTE

A finales de julio, el presidente de los Estados Unidos, Richard M. Nixon, emprendía un viaje por ciertos países del Extremo Oriente. No se trataba, indudablemente, de una gira de placer, puesto que el objetivo del periplo, en el que debía recorrer muchos miles de kilómetros en muy pocos días, resultaba sobre manera ingrato, ya que se pretendía hacer tragar una píldora, muy amarga para todos los paladares, a los aliados que Washington posee en aquellos parajes. Para dulcificar, en lo posible, el desagradable sabor de la pócima, Nixon aprovechaba el momento inmediatamente posterior al fabuloso éxito cósmico del «Apolo-XI». Cuando las pupilas del mundo conservaban aún la visión ultraterrena de Armstrong y Aldrin paseando por las inhóspitas soledades de la Luna, Nixon irrumpía, rodeado del nimbo de admiración que provocaba esa hazaña norteamericana, entre las muchedumbres orientales para pronunciar la lección que le había encargado de recitar el Congreso de su país ¹.

A modo de introducción—ya que el tiempo del recorrido era muy breve, convenía ir directamente al grano—, pocas horas antes de su llegada a Manila, primera escala del viaje por Asia, Nixon convocaba una Conferencia de Prensa en Agaña (isla de Guam), en la que explicaba el pensamiento fundamental que iba a difundir por las distintas capitales que se disponía a visitar. En con-

¹ El 25 de junio, el Senado había adoptado—por 70 votos contra 16—una resolución, pidiendo al Gobierno que no comprometiese “ni tropas ni recursos” al servicio de un país extranjero, sin la previa autorización del Congreso. El 8 de julio, el senador William Fulbright creaba inusitada expectación, declarando que “un acuerdo secreto”, que sobrepasa los compromisos de los Estados Unidos respecto a la O. T. A. S. E., unía a Washington y Bangkok, y que dicho acuerdo había sido firmado durante el mandato del presidente Johnson. El senador estimaba en su discurso, pronunciado durante el debate sobre los créditos militares, que el secretario de Defensa pedía la firma de un “cheque en blanco” para emplear créditos “en ayuda de las fuerzas laosianas y tailandesas”.

secuencia, los dirigentes de tales países podían conocer de antemano la síntesis de su «nueva política» y le ahorran prolijas y enojosas precisiones. En líneas generales, el presidente de los Estados Unidos afirmaba que está determinado a encontrar una fórmula política, en virtud de la cual las naciones no comunistas de Asia asuman la iniciativa de su propia defensa. El papel de los Estados Unidos sería de simple apoyo a estas iniciativas. Una vez que los soldados norteamericanos sean retirados de Vietnam, los Estados Unidos no enviarán más tropas a Asia, «salvo en el caso de una grave agresión de la China comunista». En definitiva, la Administración republicana prepara, a corto plazo, la extinción de los compromisos militares del país en el Extremo Oriente.

✓ - En un clima de extremada vigilancia, y precaución por el temor de algún atentado ², llegaba a Manila el presidente Nixon. Diez mil personas que llenaban el recinto del aeropuerto internacional, le acogieron con una gran ovación. El presidente Ferdinand Marcos, en su alocución de bienvenida, se congratulaba de que su país hubiese sido escogido como primera etapa del viaje, y aludía elogiosamente al reciente triunfo espacial norteamericano ³. Richard Nixon, en su contestación, pese al carácter formulario de la misma, esbozaba algunos de los puntos esenciales que había expuesto en Guam. Así, aprovechaba la ocasión para insertar, junto a una amplia retórica, que recalcab la potencial espacial de su país ⁴, ciertas frases muy significativas: «Quiero

² En Quezón se habían registrado, ya, en días sucesivos, tres explosiones de bombas. El 22 de julio, una de ellas causó daños en la biblioteca de los servicios de información de los Estados Unidos, matando a un muchacho filipino de dieciocho años. Otra explosión se registró frente a la Embajada de Vietnam del Sur, y una tercera, el 24 de julio, causaba desperfectos en las dependencias del grupo conjunto de asesoramiento militar norteamericano.

³ “Es también esperanza mía que la potencia tecnológica y científica de vuestro país sea aplicada para resolver los problemas de la miseria humana y de la desgracia.”

⁴ En la contestación de Nixon se dice:

“Vengo a Asia para consultar a los dirigentes de este continente y en busca de la paz mundial, pues estoy convencido que si los Gobiernos de hoy podemos enviar hombres a la Luna, podemos también hallar la paz para la tierra”...

Después de prometer que seguía en estrecha consulta con los dirigentes asiáticos, el presidente Nixon añadió:

“Quiero hacer constar que este viaje tiene, ante todo, la intención de demostrar el gran respeto y afecto que el pueblo de los Estados Unidos siente por todos sus vecinos asiáticos y la disposición de mi país a animar y cooperar en los esfuerzos de las naciones de Asia para mejorar sus condiciones de vida”...

“Quiero también ofrecer nuestro punto de vista: la paz y el progreso en Asia debe

también ofrecer nuestro punto de vista: la paz y el progreso en Asia debe ser formado y protegido primeramente por los propios asiáticos...; mi país puede aportar a este proceso simplemente una ayuda complementaria.»

La insinuación era recogida inmediatamente por Marcos, quien hacía constar, en sus declaraciones, «la habilidad de Filipinas para defenderse por sí sola contra cualquier posible enemigo; de tal suerte, que ahora es perfectamente capaz de afrontar todo intento de subvertir sus instituciones y medio de vida o el reto a su independencia». Así es, en efecto, porque en Extremo Oriente, tal vez sean Filipinas y el Japón las dos únicas naciones que no necesitan la presencia militar norteamericana para subsistir, por lo menos durante un futuro previsible. Si en ellas existe dicha presencia, es debido a la voluntad de Washington, que considera aquellos parajes como imprescindibles para su estrategia defensiva, especialmente de la costa Oeste de los Estados Unidos. Durante los últimos años, Filipinas sólo ha visto turbada su pacífica existencia exterior por la súbita tensión, ocurrida en octubre de 1968, con la Federación de Malasia, a propósito de sus reivindicaciones en Sabah. Y en esta ocasión, Washington puso serios reparos a las peticiones de armamento cursadas por el Gobierno de Manila, lo que motivó una indignada reacción filipina ⁵.

ser formado y protegido primeramente por los propios asiáticos, y que la contribución de mi país puede aportar a este proceso es simplemente una ayuda complementaria a las energías de los pueblos y dirigentes de Asia”...

Acto seguido añadió: “Ha comenzado una nueva era, la era de la Luna. Si es cierto que podemos viajar a través de los espacios sinfín para explorar mundos nuevos para el hombre, no es menos cierto que podemos viajar por la superficie de nuestra Tierra para construir un mundo mejor”...

“Si es cierto que podemos alcanzar los astros que están flotando en el cielo, y tocar con nuestra mano el polvo de la Luna, no es menos cierto que también podemos, aquí, bajo el cielo, estrechar amistosamente la mano de nuestro vecino, para procurar solventar fraternalmente sus problemas. Esto debe mirarse, no como el triunfo de una sola nación, sino como la tarea de toda la Humanidad. Por eso celebro que Filipinas comparta el entusiasmo de esta aventura espacial, pues los sueños de hoy se convertirán en realidades en un próximo mañana: ésta es la razón por la que es tan importante que todos señemos juntos por el bien de la Humanidad.”

⁵ El 7 de octubre, el presidente Marcos declaraba que no estaba satisfecho con los acuerdos actualmente en vigor con Washington, que, en su opinión, dejan totalmente al Gobierno de los Estados Unidos la decisión de la naturaleza y cantidad de armamento que había de proporcionarse a Filipinas. Agregó que no dejaría, en el momento oportuno, de intentar una revisión de estos acuerdos.

Se comprende, en vista de tales antecedentes, que el presidente Marcos aprovechara la presencia de su distinguido huésped para aclarar que los Estados Unidos «no deben de interpretar como un acto de hostilidad el sentimiento de nacionalismo filipino que con frecuencia se hace activo y articulado. Los mismos americanos, por razón de su historia, serían los últimos en rebajar nuestro nacionalismo, considerándolo como antiamericanismo».

Y, colofón inevitable, puesto que la decisión estaba adoptada en Washington, Marcos aceptaba, con gallardía, que militarmente los países del Sudeste asiático «deben asumir responsabilidad por su propia seguridad interna y esforzarse en concluir arreglos regionales bajo la protección del paraguas nuclear americano, pero sin el empleo de tropas de los Estados Unidos» ⁶.

Yakarta, el 27 de julio, constituyó la segunda etapa del viaje presidencial. Se trataba de una visita relámpago, como la mayor parte de las previstas en esta apresurada jira, puesto que Nixon sólo debía permanecer veintidós horas en la capital de Indonesia y el programa trazado le dejaba libre solamente menos de tres horas. Para aprovechar el tiempo al máximo posible, las conversaciones con el general Suharto se iniciaron tan pronto como ambos estadistas ocuparon el automóvil presidencial en el aeropuerto, continuándolas durante una entrevista de media hora de duración. Horas antes de abandonar Yakarta, el lunes 28 de julio, los dos presidentes celebraban una conferencia de dos horas, en la que estaban acompañados por sus respectivos consejeros. El tema general de estas conversaciones, como en las otras capitales visitadas, lo constituía la defensa del Sudeste asiático, después de que sea lograda la paz en Vietnam y las tropas británicas hayan consumado su retirada de aquella zona en 1971.

⁶ Con indudable visión de las realidades, Ferdinand Marcos, previendo el futuro, supo esquivar hábilmente el envío a Vietnam de unidades militares filipinas, lo que venía solicitando Washington, especialmente con ocasión de la visita a aquella República del vicepresidente de los Estados Unidos, Hubert Humphrey, en enero de 1966. La retirada americana del Extremo Oriente la venía considerando como posible el Gabinete filipino desde hace tiempo, por lo que ha podido ir estudiando las soluciones más adecuadas a la nueva situación. Así, el 16 de marzo de 1968: el *Manila Bulletin* indicaba que la posible retirada de las tropas estadounidenses de Asia, causaba preocupaciones "a no pocos filipinos que ven en el vacío que dejaron los Estados Unidos una meta para la agresión comunista". Terminaba afirmando que "el presidente Marcos, empero, confía en que Washington, aun retirándose de aquí, cumplirá con sus compromisos bilaterales con Filipinas y otros países libres de Asia". Desde entonces, las fuerzas armadas filipinas han pensado en términos de la mayor autodefensa posible.

Nixon declaraba a su llegada que había venido para tratar con el presidente Suharto la forma más idónea para conseguir la paz, la justicia y el bienestar económico y social para el mundo. Aseguró a su anfitrión que los norteamericanos respetan a Indonesia como país orgulloso de su independencia, y señaló que puede ejercer una beneficiosa influencia en la zona geográfica donde está asentada. Al abandonar Yakarta, Nixon declaraba que «salía del país con el convencimiento de que el futuro de Indonesia se halla en buenas manos».

Después de la marcha del visitante, el ministro de Asuntos Exteriores, Adam Malik, revelaba que los Estados Unidos habían propuesto un nuevo sistema de seguridad colectiva para el Sudeste asiático durante las conversaciones celebradas en Yakarta entre funcionarios de ambos países.

Al abandonar la capital indonesia, Nixon se enfrentaba, en lo sucesivo, a la parte dura y espinosa de su viaje. Hasta entonces, su misión, tal como él la entiende, carecía de dificultades, puesto que ni Filipinas ni Indonesia son países que se sienten vitalmente amenazados por la turbulenta situación asiática y que, por ello, ni han reclamado la presencia militar americana ni sienten tentaciones de hacerlo. Tampoco ambos países, en justa correspondencia, han considerado conveniente colaborar, siquiera sea simbólicamente, en el esfuerzo combatiente de Vietnam. Ni un solo hombre ha situado Indonesia en aquel escenario bélico, y Filipinas tan sólo envió una reducida expedición de elementos sanitarios. Por tanto, la noticia de que los Estados Unidos reconsideran su actuación y se disponen a retirarse de aquellos lugares no les causa ninguna conmoción. Se han limitado a tomar nota de este acontecimiento y ajustarán su política a las nuevas realidades. Si los Estados Unidos deciden libremente abandonar el Extremo Oriente, como hacen los británicos, otras potencias ocuparán su lugar y reemplazarán su influencia. Esto es obvio y puede considerarse que, desde este mismo momento, las Cancillerías de Manila y de Yakarta comenzarán a elaborar sus planes para el futuro y orientarán sus trayectorias en el sentido más conveniente a sus intereses nacionales. El ministro de Asuntos Exteriores filipino, Rómulo, hacía constar que el mundo ha cambiado tanto en estas dos últimas décadas, que Asia no tiene más opción que tomar en consideración esta evolución, siguiendo el ejemplo de los propios Estados Unidos. Y el presidente Ferdinand Marcos señalaba agudamente que, en su ausencia de la superpotencia americana, Asia se dirigirá probablemente a la Unión Soviética en busca de seguridad. Es ley de vida. Si Washington abdica, por egoísmo,

del papel protector que pretendía desempeñar para consagrarse a sus problemas domésticos, la otra superpotencia mundial tal vez posea mayor sentido de su responsabilidad histórica y prosiga su trayectoria, que también le implica los mayores sacrificios.

Bangkok fue la tercera etapa del viaje y la primera que presentaba arduas dificultades para la misión de Nixon. Tailandia, el hermoso país asiático, se había dejado seducir, hace años, por las vehementes protestas del presidente Kennedy de eterna amistad para mantener una inquebrantable alianza anticomunista⁷. Con disculpable ingenuidad, aunque muy extraña para la sagaz mente asiática, los gobernantes tailandeses llegaron a creer ciegamente en las promesas de tan poderosa nación. En correspondencia a su amistosa actitud, el Gobierno de Bangkok cedía importantes bases aéreas a los Estados Unidos⁸ y enviaba a las junglas vietnamitas a sus más selectos combatientes, 12.000 hombres, para apoyar el esfuerzo de su aliado. La resuelta política prooccidental, especialmente filoamericana, de Bangkok atrajo sobre Tailandia el rencor comunista y, como consecuencia de ello, co-

⁷ En 1954, antes de la conclusión del tratado de la OTASE, Washington situaba en la capital tailandesa un *U. S. Military Advisory Assistance Group*. Con motivo del agravamiento de la situación en Laos, en marzo de 1962, el secretario de Estado, ofrecía a Tailandia "toda la ayuda militar que necesitase para hacer frente a una eventual agresión comunista", y ello con o sin el apoyo, o la aprobación, de los demás Estados miembros de la OTASE. El 15 de mayo de dicho año, el presidente John F. Kennedy ordenaba "proteger Tailandia" y comenzaba el desembarco de importantes fuerzas militares en aquel país asiático. Dos días después, en conferencia de prensa, Kennedy aseguraba que las fuerzas del Ejército de tierra y los *marines* norteamericanos "permanecerán en Tailandia todo el tiempo que sea necesario para proteger sus fronteras contra las amenazas del comunismo". Al propio tiempo lanzaba un llamamiento a los restantes países de la OTASE, que obtuvo una tibia respuesta, para que enviasen contingentes militares simbólicos a Tailandia. El volumen de los efectivos americanos fue aumentando a medida que se agravaba el conflicto de Vietnam, que sustituyó al de Laos en la atención de Washington.

⁸ Las seis bases americanas situadas en territorio tailandés son las de Udorn, Ubon, U-Tatao, Korant, Nakorn-Phanon y Thak-Li. En ellas sirven unos 36.000 hombres de las fuerzas Aéreas, y otros 12.000 pertenecientes al Ejército de tierra proporcionan el sostén logístico a las bases. La mayor de estas bases es la de Udorn, especializada en vuelos de reconocimiento, y de la que salen los gigantescos bombarderos B-52 para sus misiones en Vietnam del Norte, antes de la suspensión decretada por Johnson, y sobre las zonas comunistas del Sur, desde entonces. Pocas horas antes de que Nixon llegase a Bangkok los guerrilleros atacaban la base de Udorn, que ya había sido objeto de otra agresión el 26 de julio de 1968.

menzaron a surgir núcleos guerrilleros, abiertamente apoyados por Hanoi, que, al cobrar magnitud, comienzan a inquietar seriamente a las autoridades tailandesas⁹.

En estas circunstancias, cuando la subversión se extiende con mayor fuerza y cuando el panorama general del Extremo Oriente apunta a un desenlace desfavorable a las tesis mantenidas hasta ahora conjuntamente por Washington y Bangkok, es cuando Nixon anuncia su nueva política encaminada a la retirada yanki. Es comprensible la desazón y el temor que semejante determinación tenía que producir en Bangkok, y por esto Nixon prolongaba su estancia allí durante tres días, tiempo que consideraba necesario para calmar las ansiedades de su fiel aliado.

Siguiendo el sistema de la ducha escocesa, muy apto para estos comeditos, Nixon comenzaba por declarar: «Cumpliremos nuestros compromisos, no solamente porque los consideramos promesas solemnes y obligaciones nuestras, sino también porque reconocemos igualmente importante que las naciones del Sudeste asiático compartan con nosotros la misma suerte, vital para la paz y la prosperidad de esta zona del mundo», para agregar a continuación: «Nuestra decisión para cumplir nuestros compromisos es totalmente compatible con nuestra convicción de que las naciones de Asia pueden y deben respaldar cada día más las responsabilidades que lleva consigo la consecución de la paz y de la prosperidad en esta parte del mundo.» En medio de esta hojarasca retórica se esconden los dos hechos contradictorios que señalan la nueva política

⁹ En Tailandia, las maniobras maoístas, para fomentar una "guerra del pueblo", se encuentran en una fase preliminar, pero ya resultan inquietantes los resultados logrados. El ministro de Asuntos Exteriores, Thanat Joman, declaraba en mayo de 1965, que "el porvenir de Tailandia y del Sudeste asiático que no es comunista, así como el de todo el mundo libre, depende de la lucha en Vietnam del Sur" (Harald Munthe-Kaas, "Far From Bangkok", en *Far Eastern Economic Review*, Hong Kong, núm. 177, 19 mayo 1965). Pekín ha venido amenazando reiteradamente a Tailandia, diciendo que la actitud de Bangkok acerca de Vietnam, y su apoyo a la política de los Estados Unidos "provocarán represalias en el interior de Tailandia". El presidente del Comité chino de Solidaridad Afro-Asiática, Liao Cneng-chih, anunció que "el pueblo chino tiene la irrecusable obligación de apoyar la lucha contra el imperialismo de los Estados Unidos en Tailandia" (Agencia de noticias *Nueva China* (NCNA), Pekín, 19 de abril de 1965). La irritación maoísta creció tras de la decisión de Bangkok de enviar tropas a Vietnam. Después de advertir que Tailandia quedaría "enterrada" junto con el "imperialismo de los Estados Unidos", Pekín lanzó su más abierto desafío en un artículo del *Diario del Pueblo*, donde se leía: "Dejad que las llamas revolucionarias de la lucha armada asciendan más y más en el suelo tailandés" (NCNA, Pekín, 18 de agosto de 1966).

americana. Primero, la promesa de seguir honrando unos compromisos solemnemente contraidos. A continuación, se anuncia públicamente que van a ser ignorados por la política de «no más Vietnams». En segundo lugar, la advertencia de que «Asia debe respaldar sus responsabilidades», quiere decir, en toda posible interpretación—esta vez confirmada por los hechos sucesivos—que si el comunismo la amenaza, tal vez en gran parte por haberle ayudado, Washington se encoge de hombros en una conducta que rememora las gestas del capitán Araña. Se ve a Nixon haciendo equilibrios para compaginar dos actitudes irreconciliables, solicitado, de un lado, por el impulso de hacer honor a la firma solemnemente estampada, y de otro, de atenerse al clima agnóstico, fundamentalmente aislacionista, que predomina en los Estados Unidos. En el tratado de la O. T. A. S. E. se estipulan unos deberes que afectaban a Washington y que ahora deciden cancelar súbitamente. En tal caso, ¿no es una ironía que el propio Nixon declarase en Bangkok que ese tratado «no es ni será un trozo de papel cualquiera?» ¿Qué otra cosa puede ser después del sensacional viraje de Washington?

Y los resultados tangibles de este reajuste ideológico-estratégico comenzaron a manifestarse cuando Richard Nixon declarase, el 29 de julio, que los 49.200 hombres de las fuerzas estadounidenses estacionadas en Tailandia serían retiradas gradualmente a medida que el conflicto armado en Vietnam perdiese virulencia¹⁰. Con prisa incontenible, esta retirada ha sido ya acordada tan sólo un mes después de la advertencia y los detalles técnicos de la misma están siendo ultimados. Además, Washington ha aprobado ya la reducción de la asistencia militar a Tailandia¹¹. La Casa Blanca, presionada por el Capitolio, está quemando las etapas con velocidad relampagueante.

Tailandia ha tomado plena conciencia de la crítica situación en que la ha colocado el viraje americano. Desde que Nixon definiera en Guam la nueva política presidencial, el Gobierno de Bangkok comprendió la gravedad de las consecuencias, y el ministro de Asuntos Exteriores advertía, antes de la llegada del primer mandatario norteamericano, que «en un mundo

¹⁰ El 26 de agosto, una declaración conjunta americana-tailandesa informaba que ambos países habían acordado la retirada gradual de los soldados norteamericanos. El 3 de septiembre, el ministro de Asuntos Exteriores, Joman, comenzaba con el embajador americano conversaciones para concretar dicha retirada.

¹¹ El 18 de septiembre, el Senado norteamericano ha aprobado, por 80 votos contra cero, una enmienda del senador John Sherman Cooper, que limita la asistencia militar de los Estados Unidos a Tailandia y Laos.

de lealtades alternas, en los que los adversarios de ayer se convierten en los mejores amigos y los antiguos aliados en enemigos mortales, debemos proceder a la revisión de nuestra política exterior». Abandonada a sus propias fuerzas, rodeada de un mundo circundante comunista, Tailandia está señalada como la presa inmediata de aquellos poderes que ha irritado por seguir los consejos de Washington. Es justo, pues, que antes de que la tragedia alcance perfiles irrevocables trate de variar su orientación para salvar todo lo que sea salvable, la soberanía nacional en primer lugar. Adaptándose a las penosas realidades, pocos días después, el 1 de agosto, acometía Bangkok la primera medida, consistente en desolidarizarse de la guerra vietnamita. Así, el ministro de Asuntos Exteriores, Thanat Joman, declaraba que Tailandia deseaba repatriar las tropas que tiene destacadas en Vietnam, «a fin de evitar todo riesgo de que sean implicadas en la represión de la subversión».

El problema interno tailandés de mayor magnitud lo constituye el incremento de la acción guerrillera. A los núcleos iniciales de las partidas tailandesas se han agregado muchos combatientes, que algunos evalúan en 5.000 hombres, procedentes de Vietnam del Norte. Es a través de Hanoi, sin necesidad de que se implique directamente Pekín, cómo se moviliza la subversión en el Sudeste asiático. Soldados de Hanoi—en número que se estima en 40.000—son quienes han fortalecido el Pathet Lao y quienes han llevado a cabo las más duras ofensivas contra el Ejército real laosiano; soldados de Hanoi, bajo la apariencia guerrillera, son quienes dirigen la lucha en las junglas malayas, y también nordvietnamitas son los que han dado un impulso decisivo a las apáticas guerrillas jmers y tailandesas. A medida que Hanoi pueda retirar unidades del Sur, puede disponer de mayor número de hombres para situarlos en los países circundantes y extender en ellos la guerra revolucionaria. El impulso es maoísta, no soviético ¹², pero el brazo ejecutor es nordvietnamita.

4 Hallándose en Bangkok, Nixon se desplazaba, el 30 de julio, a Saigón para efectuar una breve visita a la capital sudvietnamita, entrevistarse con el presidente Van Thieu y conversar con los soldados norteamericanos de una base próxima. La pieza maestra de la actual política de Washington en el Sudeste asiático la constituye Vietnam. Según sus vehementes propó-

¹² Resulta significativo el silencio soviético sobre algunos acontecimientos del Sudeste asiático. "Mencionando globalmente todas las luchas revolucionarias en el mundo, el *Nhan Dan* [órgano del partido comunista de Vietnam del Norte] recuerda indirectamente a Moscú que existen movimientos (como en Tailandia) de los cuales la prensa soviética no dice ni una palabra" (*Le Monde*, 17 septiembre 1969).

sitos, es preciso llegar a cualquier caricatura de acuerdo, sin profundizar en las garantías que ofrezca para el futuro, con el fin de proceder a la retirada definitiva de las tropas y calmar las ansiedades domésticas norteamericanas. Hanoi, que conoce perfectamente las intenciones de Washington —que tampoco son «top secret», puesto que se divulgan a los cuatro vientos por las más responsables autoridades—, no se deja conmover por las sucesivas retiradas—25.000 hombres antes de fin de agosto y otros 35.000 antes de fin de año—que se anuncian y mantiene una postura inflexible. Al fin y al cabo, sus reiteradas exigencias son rentables, puesto que vienen siendo aceptadas por el enemigo sin ninguna contrapartida. Primero alegaba que, mientras continuasen los bombardeos americanos sobre Vietnam del Norte, no estaba dispuesto a entablar ningún diálogo. Johnson ordenaba, con efectos del 1 de noviembre de 1968, la suspensión total de los bombardeos aéreos, navales y artilleros, «para determinar realmente la buena fe de quienes aseguran que seguirán progresos cuando cesen los bombardeos y trato de asegurarme de que cualquier tipo de paz es posible». Ha transcurrido prácticamente un año desde aquel gesto, y la única concesión de Hanoi fue la de situar en París a Xuan Thuy para que mantenga un diálogo de sordos. Ante el callejón sin salida, Nixon ha desplegado otra nueva «escalada» de concesiones, las sucesivas retiradas «escalonadas» de tropas, sin obtener mejores resultados. Por este camino, si Hanoi mantiene su actitud intransigente, se verán cumplidos sus objetivos, retirada incondicional de todas las fuerzas americanas de Vietnam del Sur, sin necesidad de llegar a ningún compromiso con Washington, que está, evidentemente, dispuesto a capitular¹³.

◊ Washington, con la prisa de desligarse del conflicto, no desea enterarse de los términos en que está planteado el problema, puesto que Nixon —que se calificaba a sí mismo, durante la campaña electoral, «de pragmático», o sea, capaz de enfocar las cuestiones desde un punto de vista práctico y realista, sin dejarse influir por consideraciones dogmáticas que perjudicarán el aprovechamiento de cualquier circunstancia favorable—prosigue, impávido, su política abandonista, que en ciertos momentos adopta características de una humillante súplica, en el país que los Estados Unidos se com-

¹³ Walter Lippmann escribe en el *New York Times Magazine*, el 14 de septiembre, que, en su opinión, las retiradas graduales de unidades americanas son irreversibles, y esto provocará la caída del Gobierno de Saigón, y después la formación de un Gobierno «aceptable para el Vietcong y para Hanoi».

prometieron a defender a ultranza. A la vista está que no existe posibilidad de compromiso con Hanoi, menos aún después de la muerte de Ho Chi Minh y de la entrevista Kosyguin-Chou En-Lai. Si Washington desea el fin de su emergencia bélica en Vietnam, tendrá que retirar de allí, unilateralmente, sus tropas a los acordes de una «fuga» de Bach. En ese momento, es pueril imaginar otro desenlace, el actual Gobierno revolucionario provisional se hará dueño de Saigón. Si medio millón de combatientes norteamericanos no han podido impedir, hasta el momento, que una parte sustancial del país esté en manos del Vietcong, sería ilusorio pretender que las tropas sudvietnamitas, abandonadas a su propio esfuerzo, pudiesen impedir el colapso absoluto del actual régimen de Saigón.

El resumen que parece imponerse, a la vista del desarrollo del viaje presidencial por el Extremo Oriente y de las decisiones adoptadas posteriormente, es que los Estados Unidos se disponen a abandonar definitivamente aquellas remotas regiones—de forma análoga a como otra potencia mundial, la Gran Bretaña, se dispone a replegarse «del Este de Suez» en 1971—, cancelando una presencia histórica prácticamente iniciada en 1850 con el desembarco del comodoro Perry en la bahía de Yedo. Podrá argumentarse que dar semejante alcance a las decisiones del Congreso norteamericano, fielmente ejecutadas por Nixon, de «no más Vietnams», es desorbitar los acontecimientos. Pero no creemos incurrir en exageración al afirmarlo, puesto que, en definitiva, dada la situación general de aquellos países, la única opción posible se ha comprobado que consiste en el mantenimiento de fuertes contingentes militares en situación de dar la réplica a la subversión armada—lo que implica riesgos bélicos inéditos—o la retirada total de aquellos parajes.

Sólo este dilema parece imponerse, teniendo en cuenta el estado de ebullición en que se encuentra el Sudeste asiático, en particular, y el Extremo Oriente, en general. El realce propagandístico logrado, desde hace años, por Vietnam, parece haber contribuido a olvidar que en Laos las fuerzas insurgentes procomunistas tienen sometido a su control, desde 1949, más de la mitad del país, y que, a través de su ofensiva del pasado verano, alcanzaron los aledaños de Luang Prabang y Vientian, estando a punto de coronar con pleno éxito la conquista total del país¹⁴. A la crítica situación de

¹⁴ "Si el Pathet-Lao llegase a apoderarse de Vang-Veng, durante la próxima estación seca, tal acontecimiento marcaría el fin de las fuerzas neutralistas derechistas" Jean-Claude Pomonti, *Le Monde*, 31 agosto-1 septiembre 1969.

Tailandia ya nos hemos referido anteriormente. Camboya¹⁵, pese a la orientación antiamericana y prochina de la política de su jefe de Estado, observa el progresivo fortalecimiento de las guerrillas de «jmers rojos» iniciadas en 1949 y vigorizadas en 1967 al ser fuertemente ayudadas desde Hanoi. La Federación de Malasia no ha podido eliminar las guerrillas, de obediencia maoísta, que iniciaron la rebeldía en 1948 y que, después de un parcial eclipse en 1960, han alcanzado un auge que produce serias preocupaciones al Gobierno de Kuala Lumpur. Y lo mismo sucede en Indonesia, país donde, a pesar del severo régimen militar instaurado por Suharto, existen importantes núcleos guerrilleros comunistas desde 1965. Es decir, que los Gobiernos de esos países del Sudeste asiático se encuentran enfrentados a una grave emergencia que no han podido dominar, a pesar de la activa presencia americana y británica en aquella zona. No es aventurado presumir que la retirada de tropas estadounidenses de Vietnam—que fijan en aquel terreno la mayoría de los efectivos de Hanoi—supondría el trasvase a los países citados, de fuertes contingentes de combatientes experimentados capaces de hacer tambalear los respectivos Gobiernos. Si la tesis inhibicionista del Congreso americano es irrevocable, todo el Sudeste asiático, desde Birmania hasta Indonesia, está abocado a convertirse en un inmenso mosaico de Estados comunistas en un plazo muy breve.

Planteada la cuestión en estos términos, ¿qué necesidad tiene la China Popular de proceder a esa «grave agresión» que mencionara Nixon en su discurso de Guam, para conseguir sus propósitos de expansión ideológica, es decir, para «extender el fuego revolucionario en la pradera», tal como predica Mao? Sería incurrir en grave error de apreciación el suponer que, para alcanzar tales fines, Pekín tiene necesidad de enviar ni un solo soldado fuera de sus fronteras, aun cuando tampoco se muestre remiso a ello cuando lo considera necesario, como sucedió en Corea y ocurre ahora en Laos¹⁶. Ya hemos indicado que basta la acción de las guerrillas locales, reforzadas por unidades nord-

¹⁵ V. Luis Mariñas: "Camboya: las raíces y razones de una neutralidad", núm. 102 de esta REVISTA.

¹⁶ "A sus aliados nordvietnamitas y 'neutralistas patrióticos' se han añadido los chinos, quienes en el momento actual construyen una carretera que va desde Muong Sing hasta Dien Bien Fu; a lo largo de esta ruta, sin camuflajes de ningún tipo, baterías antiaéreas y cinco batallones chinos guardan la zona, permitiendo así que el Pathet Lao y los nordvietnamitas operen en otros lugares" ("Volver a los acuerdos del 62" *Mundo Internacional*, núm. 1.534, pág. 29, 27 septiembre 1969).

vietnamitas, para extender el régimen comunista a todo el Sudeste asiático. Si Washington espera esa «grave agresión» para enviar nuevamente tropas a Asia, es seguro que los soldados americanos no regresarán jamás al Extremo Oriente.

Pero esta situación no se limita al Sudeste asiático, puesto que en Corea, donde las fuerzas armadas norteamericanas permanecen desde que fuera alcanzado el armisticio en 1953, todos los indicios vienen apuntando en el sentido de que el régimen de Pyongyang está preparando la conquista del Sur¹⁷. En el caso probable de una reanudación de las hostilidades, ¿estaría Washington dispuesto a una intervención similar a la de 1950, aun considerando que allí actúa bajo el mandato de las Naciones Unidas?¹⁸ Es harto dudoso que el Congreso americano, vista su actitud actual, autorizase esa nueva implicación bélica. Y otro tanto sucede en el caso de la República nacionalista china, que debe su existencia a la protección militar de los Estados Unidos—primero en junio de 1950, cuando Truman ordenaba a la VII flota rechazar todo ataque a Formosa, y, después, mediante la conclusión del Tratado de Defensa Mutua de 2 de diciembre de 1954—y que supondría la incertidumbre para Taiwan, la aplicación estricta de la nueva política del Capitolio, pese a las obligaciones militares contraídas por Washington y solemnemente reafirmadas ahora por el secretario de Estado, William Rogers, durante su visita a Taipeh.

En cuanto al Japón, el coloso de Asia oriental, sabido es que mantiene un Tratado de Seguridad Mutua con los Estados Unidos, que expira en 1970. Conocidas son también las inmensas oposiciones que existen en la opinión pública nipona para la renovación de dicho tratado; oposición que, en los potentes medios estudiantiles, adquiere un carácter exasperado. El ciudadano japonés observa con inquietud la presencia en su territorio nacional de bases americanas que puedan comprometer su futuro. Tokio, atendiendo a este estado generalizado de opinión, ha exigido la salida de los depósitos de gas venenoso de Okinawa, rehusa la presencia de armas nucleares y demuestra, en definitiva, un evidente disgusto por la fabulosa potencialidad de los efectivos bélicos allí acumulados. Este clima de continua tensión sub-

¹⁷ Julio Cola Alberich "Corea: una amenaza latente", núm. 101 de esta REVISTA.

¹⁸ Estas consideraciones movieron al presidente Park Chung Hee a presentarse en Monterrey (California) para mantener conversaciones con Nixon, que le aseguraran de las intenciones de los Estados Unidos. Corea mantiene en Vietnam 50.000 hombres, número sensiblemente igual al de soldados americanos destacados en su territorio.

siste en los medios populares, aun cuando el Gobierno se esfuerza en convencerlos de que esas bases sirven para la propia defensa. Si Washington aplica la nueva política de repliegue, ¿estaría dispuesto Tokio a renovar el tratado el año próximo? Porque, aun deseándolo, ¿cómo convencer a sus conciudadanos de que las cláusulas del tratado con el Japón tendrían, llegado el momento decisivo, más valor que las de otros documentos similares que están siendo ignorados? El Japón es un pueblo oriental y, ante la mentalidad asiática, nada hay más grave que la pérdida de prestigio. Por eso, allí se esfuerzan en «salvar la cara» quienes ejercen algún puesto de responsabilidad. Y ante esas inmensas multitudes, los Estados Unidos, que venían precedidos de su aureola del éxito en la Luna, han entonado una confesión de impotencia en la Tierra. Esto era agudamente comentado por el presidente Marcos de Filipinas, al dar la bienvenida a Nixon en el aeropuerto: «Espero que no se diga que los Estados Unidos, que han tenido éxito para alcanzar las fronteras del espacio, han fracasado en el dominio de las relaciones entre los humanos.»

Es en virtud de las consideraciones expuestas por lo que reafirmamos nuestra impresión de que la visita de Nixon al Extremo Oriente inaugura la cancelación de la presencia americana iniciada allí en 1850. Este ocaso podrá ser más o menos rápido, pero es irreversible. Un profundo conocedor del alma asiática, por ser uno de sus más genuinos representantes, Mao Tse-tung auguraba que «el Oriente es rojo». Nixon y el Congreso de Washington están ayudando activamente para que se cumpla la profecía.

Este es el colofón inevitable de una proyección política exterior exigida por grandes sectores de la opinión americana que, en un explosivo movimiento carente de consecuencia¹⁹, reclama el retorno al aislacionismo²⁰ o,

¹⁹ El senador Edward Kennedy es uno de los más conspicuos defensores de esta política capituladora, acusando a la Administración Nixon de no dar suficiente agilidad a la retirada de las tropas que su hermano enviara a Tailandia y Vietnam durante su mandato presidencial, provocando la extensión del conflicto. Durante las últimas semanas, al parecer recobrado de su pasmosa inacción en Chappaquiddick, ha arremetido en sus ataques, culminados con su discurso del 19 de septiembre, en el que afirmaba que la guerra continúa "porque Nixon se ha negado a una solución de compromiso sobre el auténtico problema en disputa: quien gobernará Vietnam del Sur durante unas posibles elecciones".

²⁰ "Hay que contar con el impulsivo sentimentalismo de la opinión pública americana que pasa bruscamente del patético aislacionismo al más dinámico internacionalismo

por lo menos, intenta desprenderse de la mayoría de los compromisos, de forma impulsiva análoga, a como, hace un cuarto de siglo, presionaba para el intervencionismo²¹. Esta claudicante trayectoria actual parece no ser compartida por los altos mandos militares, por lo que desde hace algún tiempo se vienen notando divergencias entre el Pentágono y el Departamento de Estado. «Ocurre como si el Departamento de Estado y los civiles buscasen todos los argumentos posibles para convencer al presidente Nixon de que acelerase el desenganche de los Estados Unidos de Vietnam, mientras que los militares utilizan todos los argumentos para retrasarlo»²². De todas formas, la Casa Blanca ha escogido su actitud definitiva, dando entrada a una nueva fase del proceso histórico de los Estados Unidos.

JULIO COLA ALBERICH.

y carece de continuidad en sus opiniones generales" (Amaury de Riencourt "Los Césares venideros", pág. 14. "Instituto de Estudios Políticos", 1968).

²¹ "La América que salió de la guerra fue totalmente distinta a aquella otra que entró en la contienda. La nación americana pasó de una situación casi total de aislamiento a la de un intervencionismo casi exagerado, que requería la existencia de una fuerza militar considerable" (Amaury de Riencourt, op. cit. p. 448).

²² Cfr. *Le Monde*, 30 agosto 1969.

